

“EL COMITÉ CIENTÍFICO, UNA ALIANZA DURADERA”

Texto leído en la inauguración de la reunión del Comité permanente contra la pobreza y la exclusión el 5 de octubre de 1979 en París, con ocasión del Congreso Internacional del Niño del Cuarto Mundo, en el Palacio de la UNESCO¹.

Una alianza duradera

Deseo daros la bienvenida y pedir os que me permitáis entrar inmediatamente en el meollo del asunto que nos ha reunido aquí. He pensado que podíamos hacerlo sin rodeos y sin perder el tiempo en cortesías y cumplidos, aprovechando la amistad que tenemos, casi todos, desde hace muchos años.

El meollo del asunto, ya lo sabéis, es el papel que confiamos en que querréis aceptar ante esta forma extrema de pobreza a la que llamamos exclusión. Hasta hoy cada uno de vosotros ha aceptado personalmente ser garante de la importancia del Congreso que se desarrollará este fin de semana. Para esta tarde hemos pensado hablar con vosotros de cómo podríais guiar de un modo útil su propio desarrollo y también cómo podríais seleccionar los resultados que os parezcan más prometedores de cara al futuro.

Pero lo que importa tratar antes que todo es, a nuestro modo de ver, ese papel más duradero que las poblaciones más abandonadas de nuestra sociedad contemporánea y nuestras organizaciones internacionales no pueden esperar más que de hombres y mujeres como vosotros.

A lo largo de nuestros contactos de los últimos meses os hemos transmitido nuestra profunda inquietud ante un doble fenómeno en el mundo de la pobreza:

- por una parte, crecen el paro y la pobreza relativa en el mundo industrializado;
- por otra parte y simultáneamente, desaparecen o están en peligro las contadas instituciones internacionales que se habían comprometido a mantener la atención y la acción respecto de esta pobreza persistente que no nos ha dejado nunca, ni siquiera en épocas más prósperas.

No se trata de un fenómeno paradójico, sino perfectamente humano y comprensible, aunque no podamos admitirlo. La ralentización de la vida económica, el paro, la vuelta a una cierta austeridad de la existencia, pero, sobre todo, la sensación de inseguridad, marcan hoy la vida de un número creciente de conciudadanos que se creían protegidos de semejante vuelta del destino. Algunos piensan que eso les permitiría comprender mejor y, por tanto, apoyar mejor la causa de quienes nunca se han liberado del paro ni de la inseguridad paralizante. Sin duda es cierto, aunque sólo en parte. Y es que la inseguridad generalizada también conduce al endurecimiento hacia la capa de población que nunca ha podido conseguir un buen lugar en el mercado del empleo moderno. Hoy más que antes le reprochamos que sobrecargue los presupuestos de nuestros sistemas de ayuda o de seguridad social.

En efecto, hace ya un año o dos que nuestro Movimiento ha observado, en ocho países de Europa Occidental en los que está presente, signos de desconfianza y actitudes que acentúan la exclusión. Se discuten a esta población incluso los derechos elementales, como el acceso a ciertas ayudas compensatorias. Parece innegable que en estos tiempos de mayor dificultad están retrocediendo de nuevo la comprensión, la compasión, la voluntad política que habían nacido durante los años de prosperidad.

¹ AIE.

Por eso, es como si Cuarto Mundo² hubiera vuelto a su exilio secular. Al mismo tiempo, en el plano político y desde el punto de vista económico parece un lujo incluirlo en nuestra lucha por la igualdad de oportunidades y por una mejor distribución del poder. No parece que puedan permitírselo ni el político ni el economista. Incluso cuando se generalizan los sistemas de seguridad social, incluso cuando se procura orientarse hacia formas de lograr unos ingresos familiares garantizados, no es en esas familias en lo que se piensa. Además, las condiciones que deben cumplirse para tener acceso a ello siguen, por lo general, fuera del alcance de sus escasos medios.

Así, en los altibajos de la vida económica durante más de un siglo, Cuarto Mundo sigue siendo fiel a sí mismo, excluido, y sigue escribiendo su propia historia solitaria. Una historia de sufrimiento, no tanto por las privaciones materiales en sí, aunque sean ciertamente innegables, sino a causa del desprecio que pesa sobre las familias, a las que se niega la presencia y la palabra en la vida social y política de los demás ciudadanos.

No podemos admitir esta vuelta al exilio por dos razones. Ante todo, por una simple razón de humanidad. Es impensable que quienes sufren desde hace tantísimo tiempo la injusticia, el desprecio de los derechos del hombre y del niño en todas sus formas, sean una vez más quienes paguen el precio más alto por nuestras decisiones económicas. Asistimos una vez más a la destrucción característica y siempre renovada de los más pobres, y esto resulta absolutamente inaceptable. Cuando se admite semejante deshumanización de los más pobres, quien pierde en fraternidad y en amor es la comunidad en su conjunto.

Pero esta cuestión tiene otro aspecto, pues afecta a nuestra sociedad contemporánea como tal. Excluyendo a la capa de población más pobre de la vista, de la opinión pública, de la conciencia colectiva, del campo político, impedimos que nuestras democracias avancen. Sabemos que estas democracias se han convertido en verdaderos cotos, en bastión de quienes se han hecho un sitio en los partidos, en los sistemas de consulta y de concertación, en el triángulo tripartita... Las luchas que los actuales interlocutores de la vida política mantienen entre ellos, consiguiendo por turnos un poco más de poder, no pueden alterar el hecho de que nuestras democracias siguen teniendo ese talón de Aquiles que representa su carácter exclusivo.

Además, en una democracia en la que sigue siendo posible la exclusión ningún ciudadano está protegido para siempre. Y una democracia así sigue estando muy lejos del ideal de igualdad y de justicia que defiende nuestra civilización occidental.

Por eso, por razones imperiosas de humanidad y de sociedad, querríamos multiplicar nuestros esfuerzos para llevar a las poblaciones excluidas al interior del pensamiento y al interior de la vida económica, social, cultural y política de nuestras sociedades.

Pero, ¿cómo hacer realidad esta aspiración, que tan profundamente se corresponde con los ideales de la civilización occidental y que, sin embargo, encuentra tantísimos obstáculos? Sabéis que la historia del Movimiento ATD Cuarto Mundo ya cumple los 22 años. Aunque no sea todavía una historia larga, ya tiene lecciones que darnos. De estas lecciones, si me permitís, citaré dos que han inspirado nuestro acercamiento hacia vosotros.

Primero, en las circunstancias actuales, los más pobres de nuestra época tienen que poder contar con nuestro compromiso personal. Para ellos no hay atajo, no hay camino que lleve directamente de su vida marginal a la participación en nuestras estructuras.

El análisis histórico demuestra claramente que la entrada de los ciudadanos excluidos en el escenario político y en la actividad legislativa de nuestras democracias es, en primer lugar, consecuencia del compromiso personal de individuos que poseen un prestigio que les da influencia sobre el pensamiento de sus conciudadanos.

Cuarto Mundo tiene necesidad, hoy más que nunca, de que personas de prestigio, reconocidas tanto por su competencia como por su integridad y su fidelidad, se agrupen, se alíen en una asamblea tal vez poco numerosa pero totalmente independiente y cuya palabra no pueda ponerse en duda, desacreditarse ni ahogarse.

² CM.

Parece oportuno que sólo una iniciativa de este tipo, de personalidades decididas a mantenerse alerta y a hacer progresar la conciencia colectiva, pueda preparar realmente los cambios deseados.

El grupo al que os hemos invitado, ya lo sabéis, estaría libre de toda alianza. O más bien sólo tendría una: la alianza con el proyecto de que los pobres puedan tener, libremente, su lugar y su papel en el pensamiento común dentro de las empresas concretas de la humanidad.

Es cierto que al principio un grupo así tendrá que mostrarse dispuesto a pagar el precio de su independencia: un precio humano, de esfuerzos añadidos; un precio social, tal vez, ante unos medios profesionales que no comprenderán de entrada la causa que defendemos; también un precio económico, en la medida en que todavía no tenemos garantizada la financiación. Pero, con la condición de pagar este precio al empezar, parece razonable pensar que, con el tiempo, alcanzaremos el estatus y la seguridad económica que semejante grupo merece.

Queda la segunda lección sacada de nuestra historia que querríamos compartir con vosotros. Se refiere a la indispensable alianza entre hombres de acción y hombres de ciencia. Desde los años 50 se ha hablado mucho de esto en el mundo. Me gustaría recordaros cómo ha llegado nuestro Movimiento a entender esta alianza y a perseguirla sin descanso.

Cuando uno se pregunta por quienes a lo largo de los siglos han dado testimonio no sólo de la pobreza sino de la exclusión de los más pobres de la comunidad humana, siempre encuentra a los hombres de acción. Los universitarios, los hombres sabios, rara vez han sido los primeros en despertar las conciencias, en influir en el pensamiento de su época. Ni siquiera parecen haber reconocido nunca que comprender el fenómeno secular y universal de la exclusión de los más pobres pueda ser un elemento indispensable para comprender a la humanidad en general.

Así, desde la Edad Media, incluso mucho antes, la historia de Occidente está jalonada de recuerdos de que los excluidos existen, aunque los testigos sean siempre hombres pegados a la realidad. Parece que los poseedores de un saber universitario sólo alguna vez han oído la llamada. Tampoco han ayudado a verificar y a hacer creíble la palabra que llega de la vida misma de los más pobres.

Tal vez sea esta la principal razón de que, incluso todavía en el siglo XIX, se haya obviado la exclusión de los más pobres de las nuevas clases urbanas y rurales.

La propia historia de nuestro Movimiento contiene un cambio feliz en este estado de cosas secular. Desde que universitarios como Christian Debuyst, Henning Friis, Jean Labbens, Mike Miller, Lloyd Ohlin y otros se tomaron en serio las intuiciones y los conocimientos de ese Movimiento de acción que éramos, la palabra que llegaba de la misma vida se hizo audible, creíble, aceptable. Aquello nos enseñó la importancia primordial de esta alianza entre ciencia y acción que buscamos entre vosotros. Era una alianza en la que la ciencia haría algo más que simplemente prestar un oído atento, puesto que se impondría una tarea:

- reconocer las verdaderas intuiciones nacidas de la realidad vivida y comprobarlas;
- traducir, basar en razonamientos, en análisis, en teorías, el conocimiento de los hechos que sólo puede reconocer el hombre mezclado en la vida de los más pobres.

Igual que no existe un camino directo desde la exclusión de los más pobres hacia su participación en la democracia ajena, tampoco existe un camino directo entre la experiencia sobre el terreno y una política de lucha contra la pobreza.

Los hechos que presenta el hombre de acción quedan, en el caso extremo, en el ámbito de la anécdota mientras el hombre de ciencia no los haya estudiado, ordenado y traducido en un razonamiento.

Es algo innegable hoy en nuestras ciudades, que sin duda son democráticas a su manera, pero en las que los políticos y los programas son en muy buena parte asunto de los tecnócratas. El hombre de acción tiene con

mucha frecuencia la medida justa de las realidades, y a menudo avanza en direcciones prometedoras, apoyándose sólo en sus intuiciones. Pero para que le sigan y para ver que su acción se traduce en una verdadera política, el hombre de ciencia, por decirlo de algún modo, tiene que avalar su sentido de lo real. Ambos han de seguir siendo lo que son, y en ningún caso deben tratar de ocupar el puesto del otro. El cambio de opinión y de política podrá conseguirse uniendo lo mejor de cada uno de esos dos papeles.

Para que se produzca el cambio es preciso que el mundo sepa qué es la exclusión, qué es esa condición de desprecio y de exilio que sufren millones de niños y de familias.

Es preciso que el mundo sepa, y en el futuro dependerá sobre todo de vosotros que sepa o no.